

ANOTACIONES SOBRE LAS UTOPIÁS

La palabra “utopía” significa literalmente *lugar irreal, no existente*. Lo emplea por vez primera Tomás Moro en el siglo XVI para referirse a una isla ficticia donde sitúa una sociedad perfecta. En lenguaje cotidiano adquiere la connotación negativa de algo carente de realidad, inalcanzable, olvidando que en el ser humano habita una dimensión utópica, un fuego del corazón y la mente que se proyecta hacia lo que todavía no es, hacia lo utópico.

Y así ha caminado el pensamiento utópico por la historia, desde las utopías clásicas como *La República* platónica, *La Ciudad de Dios* de S. Agustín o la ya mencionada *Utopía* de Moro, concebidas como experimentos mentales lejanos del acontecer histórico, hasta las utopías de la Modernidad que representan futuros ideales hacia cuya realización avanzamos, como la utopía ilustrada y educativa de Rousseau o las utopías socialistas de transformación radical del orden social, creyendo, como bien expresa Ortega “que aquello que el hombre desea, proyecta y propone es, sin más, posible”.

Pero las utopías, semejantes a sueños rotos y agotados, se han hecho carne y vivido entre nosotros. Y al igual que los dioses cuando quieren castigarnos cumplen nuestros deseos, así aquellos horizontes de una humanidad mejor han desembocado en las ciénagas de la violencia y el totalitarismo en sus aplicaciones históricas. Amargas experiencias que han inspirado las ANTIUTOPIÁS O UTOPIÁS NEGATIVAS, que describen en forma de novelas las consecuencias nefastas que produciría el cumplimiento de algunos de los presupuestos del pensamiento utópico, y la situación indeseable a la que podemos llegar si no emprendemos un camino distinto.

1984 es una obra cumbre de la trilogía de antiutopías de principios del siglo XX, junto a *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, y *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Introduce conceptos como el omnipresente y vigilante Gran Hermano, la ubicua Policía del Pensamiento, el lavado de cerebro, la psicología social y la educación totalitaria para el control físico y mental de los individuos. Asimismo, el *doblepensar* y la *neolengua* en la que se reduce y transforma el léxico con fines represivos, basándose en el principio de que lo que no está en la lengua, no puede ser pensado.

Leyendo esta novela de Orwell, me ha venido, por esos azares de la memoria, una doble evocación: aquella dolorida exclamación con que se cierra *El corazón en las tinieblas* (¡el horror!, ¡el horror!), y la respuesta que da el personaje de Marlon Brando en la película *El motín del Caine* cuando alguien le pregunta cómo se encuentra: “Bien, si exceptuó cierto deseo de estar muerto que ya se me pasará”.

Y lo que ocurre es que este deseo no se pasa leyendo esta negra utopía de muertos. Porque en esta novela, como en el París de Henry Miller, están todos solos y muertos. Por ello, no es fácil hacer una reflexión filosófica: cumple más una lágrima seca e infinita por lo que los hombres son capaces de perpetrar y corromper. De una manera objetiva, académica, tal vez escolar, es sólo una antiutopía o distopía sobre las nefastas consecuencias a las que históricamente nos puede llevar la ciencia y la tecnología perversamente aplicadas; mas desde el dolor de la condición humana, se hace irrespirable esa noche de cadáveres uniformados (“Nosotros somos la muerte. Nuestra única vida

verdadera está en el futuro”, afirma el protagonista)

En verdad, vivimos como soñamos: solos, y esta novela es el sueño siniestro y envenenado del cual la historia nos ha hecho y nos sigue haciendo. Se ha dicho que la historia no es otra cosa que las distintas maneras de entender lo que es un policía, y la filosofía sólo el recuento de las razones que se han dado para obedecer. Ambas miradas esclavas confluyen en esta obra (“...la visión del mundo inventada por el Partido se imponía con éxito a la gente incapaz de comprenderla. Por falta de comprensión, todos eran políticamente sanos y fieles”.)

Quizá defender la auténtica utopía, aquella que, como afirma E. Bloch, “surgirá en el mundo como algo que a todos nos ha brillado ante los ojos en la infancia, pero donde nadie ha estado todavía”, preservar su pureza y feroz hermosura sólo consista en liberarla de lo implacable de una teoría científica acabada, alentarla como un íntimo anhelo cívico de justicia y libertad. (“Por la libertad se llega a la belleza y por la belleza a la libertad”, nos decía el filósofo romántico Schelling)

Pero, mientras este paraíso lejano llega (*sed realistas: pedid lo imposible*, proclamaban los jóvenes airados del mayo francés), y la lluvia retira los últimos pájaros muertos, hagamos la vida un poco menos terrible e injusta. A los prisioneros en la novela se les facilita una hoja de afeitar para que se suiciden, y ya sabemos que vivir es andar solos por el filo de una navaja entre dos rosas de silencio. Pero también confiamos, con Nietzsche en que “los pasos más silenciosos traen la tempestad y los pensamientos que se acercan con pasos de paloma dirigen el mundo”. Que de la ceniza de esta pesadilla quemada que resulta 1984 nazca una callada esperanza, semejante a un hijo luminoso y blanco que a nadie decimos, no vayan a matarlo, porque hay días alegres esperando más allá de esa nieve que cae en los labios, que vendrán para que la injusticia no sea la última palabra.